

Entre el examen y el paciente: la brecha que nadie mide



Nicole Denisse Trujillo Correa

ADEMEN

23205647@uan.edu.mx

Es muy reconocido que estudiar medicina implica enfrentarse ante un gran desgaste físico y emocional que pocas carreras exigen, pasando por una constante presión académica que exige aprender una exorbitante cantidad de información en un tiempo muy reducido o realizar diversos procedimientos con el más mínimo margen de error a pesar de nunca haberlo realizado.

Como si no fuera suficiente enfrentar la presión de cumplir dichas exigencias, desde el día uno se refuerza la idea de mantener un alto promedio a tal grado que el valor del estudiante se mide por éste, e incluso para algunos llega a ser un indicador de quién será un buen médico.

En su mayoría, los mejores promedios presentan más oportunidades y reconocimientos no solo durante su tiempo en la facultad, sino durante toda su formación médica, como reconocimientos académicos, becas de excelencia, preferencia a ciertos programas académicos, ventajas en algunos procesos internos, etc.

Un sistema que mide memoria, no comprensión.

El objetivo del sistema educativo actual en medicina es proporcionar los conocimientos científicos, las destrezas

clínicas y los valores éticos necesarios para responder a las necesidades de salud de la población. Para lograrlo, el estudiante no debe limitarse a memorizar la información que se le presenta, sino saber cómo aplicarla en la práctica clínica.

El modelo de evaluación actual lleva años actuando de la misma manera, dependiendo de exámenes basados en la memorización de grandes cantidades de información y dejando en segundo plano la evaluación de la comprensión, integración y aplicación clínica. Esto da lugar a que los estudiantes recurran a un estudio intensivo basado en la memorización a corto plazo con la costumbre de solo estudiar “aquello que pueda ser preguntable” y, al finalizar el examen, gran parte de esa información es olvidada.

Otro aspecto importante a considerar es el plan de estudios, ya que rara vez contempla un espacio formal dedicado a enseñar cómo aprender de manera efectiva, dejando que cada estudiante desarrolle sus propias herramientas mediante prueba y error. La falta de éstas contribuye al mal uso del tiempo de estudio, al aumento del estrés académico, así como a la procrastinación.

Cuando el paciente paga la factura

Claro que la memorización de datos es

importante durante la formación médica; no obstante, en la práctica clínica los pacientes no vienen en un formato de opción múltiple, simplemente esperan que los médicos cuenten con un razonamiento clínico que les permita saber cómo aplicar lo aprendido para brindar una solución ante las problemáticas que presentan.

Al dejar en segundo plano la comprensión y repaso de la información adquirida, se ha vuelto normal ver en las clínicas a estudiantes dudando de temas que en teoría ya deberían dominar. Sin embargo, eso no significa que no sepan o no tengan las capacidades que se necesitan, ya que muchos pueden repetir de memoria clasificaciones de enfermedades o mecanismos de acción de fármacos, pero al momento de integrar dicha información ante un caso clínico real que no se presenta como en la literatura es cuando comienzan a surgir las dudas de cómo actuar.

La realidad es que muchos tienen la capacidad de cumplir con las exigencias de la formación médica; sin embargo, con dicho sistema se están preparando con el formato equivocado. La realidad es que “los ojos no ven lo que la mente desconoce”: un estudiante puede egresar con un promedio impecable y aun así cargar con lagunas de conocimiento que jamás fueron evidenciadas por un examen de opción múltiple, pero que sí lo serán frente a un paciente que confía ciegamente en su criterio.

En el peor de los casos, el paciente pagará las consecuencias mediante un diagnóstico tardío o equivocado, un mal manejo de su

padecimiento, así como a través de signos de alarma que se pueden pasar por alto. Es importante recordar que los pacientes no son una estadística más: son seres humanos que significan algo en la vida de alguien, y las decisiones tomadas pueden incluso llevar a su fallecimiento.

El otro precio del diez

Por otro lado, no todo promedio sobresaliente refleja únicamente un buen desempeño en las evaluaciones: existe una reducida cantidad de estudiantes que logran la excelencia académica junto con la verdadera comprensión de los temas y su aplicación clínica. Más allá de esto, es importante tener presente qué hay detrás para cumplir con ambas exigencias, que por sí solas ya representan un gran desafío.

En la mayoría de los casos, estos estudiantes sacrifican gran parte de sus horas de sueño durante períodos largos, reducen en gran medida el tiempo con amigos y familiares, y poco a poco su sistema se debilita a tal punto de enfermarse con frecuencia de problemas gástricos o relacionados con el desgaste constante.

Diversos estudios han demostrado que el estrés impacta profundamente en la salud debido a la desregulación inmunitaria, inflamación y cambios en la neuroplasticidad. Esto se asocia con un mayor riesgo de cáncer, problemas gastrointestinales, diabetes, afecciones neurológicas y trastornos de salud mental.¹

El sistema no solo permite este desgaste: lo premia, lo aplaude y lo coloca como

ejemplo a seguir para las siguientes generaciones.

Lo que sí depende de nosotros.

Ninguna de estas problemáticas se resuelve señalando a los estudiantes, sea al que memorizó de más o al que se desgastó de más para aprender bien; el cambio real tiene que empezar por replantear la forma en que se evalúa.

Es evidente que esta situación no radica únicamente en el estudiante, ya que el modelo educativo tiene que incorporar evaluaciones basadas en casos clínicos y razonamiento diagnóstico, no solo en la retención de datos. Además, es de vital importancia enseñar desde el primer semestre técnicas de estudio efectivas en lugar de dejar que cada quien las descubra por prueba y error.

Por otro lado, se debe dejar de aplaudir cuando se deja a un lado la salud con tal de llegar a la calificación perfecta, y queda en nuestras manos crear una cultura donde el valor de un estudiante no se mida únicamente por un número, sino por su capacidad real de cuidar a otro ser humano.

Es comprensible que un sistema que lleva años siguiendo el mismo patrón no se transforme de la noche a la mañana, pero aun así queda entre nosotros realizar un cambio, enfocándonos en lo que realmente importa: el paciente.

Invito a abrir esta reflexión entre estudiantes, médicos y docentes por igual: enseñar a memorizar forma estudiantes

que aprueban; enseñar a comprender forma médicos que curan.

Al final, el verdadero éxito de un médico no se refleja en sus calificaciones, sino en la calidad de atención que brinda a sus pacientes.

REFERENCIAS

1. Shchaslyvyi AY, Antonenko SV, Teleguev GD. Comprehensive review of chronic stress pathways and the efficacy of behavioral stress reduction programs (BSRPs) in managing diseases. *Int J Environ Res Public Health*. 2024;21(8):1077. doi: 10.3390/ijerph21081077.

